

## LA FILOSOFIA MENDICANTE

POR EL PROF. CLAUDIO VÉLIZ

Anteo, gigante de Libia, hijo de la Tierra, obtenía su poder tremendo a través del contacto físico con su madre. Cada vez que su cuerpo tocaba el de su progenitora, se renovaban sus fuerzas y esto le hacía invencible en batalla. Sin embargo, fue derrotado por Hércules quien, mediante la sencilla estratagema de levantarlo en vilo, le impidió tocar a su madre. De esta manera pudo aplastar entre sus brazos al gigante debilitado.

La moraleja sencilla de este hermoso mito puede ser aplicada sin rubor a la problemática cultural y económica de aquellos países tan elegantemente denominados "subdesarrollados". El impulso vital; la fuerza dinámica esencial; los recursos fundamentales para iniciar un período de desarrollo acelerado, sólo pueden surgir del encuentro de un pueblo con su potencial cultural propio. Esto no quiere decir que la industrialización de Chile debe hacerse con carretas de madera y cachos de cuero o que la temática artística deba girar alrededor del tintinear de las espuelas o de los tiestos de Pomaire. Significa —por el contrario— que la revolución en la técnica y en los incentivos; la adaptación rápida a nuevas formas y modalidades de vida, deben ser resultantes de cambios internos profundos y de ninguna manera puede esperarse que surjan como consecuencia eficiente de gestiones mendicantes exitosas en el extranjero.

Pero hay brazos poderosos que se esfuerzan por separar al gigante de su fuente de poder. Haciendo alardes pseudo-académicos, la filosofía mendicante pretende justificar la dependencia cultural y económica del país como una necesidad técnica, un mal necesario en el camino hacia el desarrollo económico. Ignorantes del acervo cultural propio; escépticos acerca de la capacidad de nuestro pueblo para resolver por sus propios medios los problemas planteados por la miseria y el obscurantismo, los defensores de la filosofía mendicante estiran la mano y piden ayuda. Piden dinero, técnicos, cultura, arte, adornos, imaginación, curiosidad, preguntas, resintéticos, cigarrillos, desodorantes, adornos, imaginación, curiosidad, preguntas, respuestas y vida. Rehusan aceptar la responsabilidad de existir vitalmente como seres pensantes. Rehusan aceptar el duro privilegio de crear. Temen afrontar solos las encrucijadas de nuestra problemática económica y política y extienden la mano para recibir doctrinas, dogmas y consuelos espirituales; respuestas extranjeras para interrogantes extranjeras y, mientras tanto, por sobre la algarabía de estas tran-

saciones caritativas, se escucha cada vez con más insistencia el rumor sordo y amenazante del gigante que quiere tocar la tierra que le dio vida para recobrar su fuerza tremenda.

Porque lo más patético de esta filosofía mendicante es su inutilidad. Las decisiones políticas y económicas que deben preceder a los períodos de crecimiento acelerado implican necesariamente enormes cambios estructurales. Estas decisiones sólo pueden tomarse internamente y en estrecha consulta con la idiosincracia nacional, con la compleja fórmula cultural autóctona y las obvias potencialidades creativas que —en una u otra forma— encierra nuestro conglomerado humano. Tomadas estas decisiones eminentemente políticas, la obtención de excedentes de inversión se transforma en un problema marginal, relativamente poco importante desde el punto de vista técnico y facilísimo de resolver mediante la aplicación de las más elementales medidas de gasfitería financiera y administrativa.

No puede, por consiguiente, justificarse la actitud mendicante haciendo referencia a la necesidad imperiosa de obtener capitales extranjeros de inversión. Desgraciadamente, debido en parte a la gravitación de cuestiones de política mundial y a la ordenación ineficiente e irresponsable de los asuntos económicos internos, cunde hoy día en nuestro ambiente y en el de toda América Latina, la insidiosa y perturbadora filosofía que transforma los pueblos en mendigos elegantes; la gestión diplomática en actividad bancaria de alto nivel y el proceso de liberación de la imaginación creadora del hombre, en la invención de hábiles arbitrios para conseguir fondos de instituciones extranjeras, sean estas gubernamentales, internacionales o caritativas.

Incluso se distorsiona la historia con el fin de justificar esta actitud mendicante. Se argumenta que las que ahora son grandes potencias rectoras en el concierto internacional, sólo pudieron entrar a sus respectivos períodos de crecimiento acelerado previa recepción de generosas y masivas inversiones extranjeras. Esto sencillamente no resiste análisis. Gran Bretaña, por ejemplo, malamente pudo haber utilizado recursos foráneos masivos en un desarrollo acelerado, pues, fue la primera nación en industrializarse y la primera en exportar capitales en escala importante.

El caso de los Estados Unidos, contrariamente a lo que se piensa generalmente, tampoco es excepcional en este sentido. El comienzo del proceso de desarrollo acelerado en los Estados Unidos debe situarse alrededor de los últimos quince años de las guerras napoleónicas, mientras que las grandes inversiones británicas en los ferrocarriles estadounidenses empezaron a llegar medio siglo después.

Las inversiones de capitales estadounidenses en el Japón fueron importantes después de la guerra con China pero Japón había empezado a vivir su período de desarrollo acelerado veinticinco años antes.

Similar es el caso de Alemania. Las grandes inversiones extranjeras en la industria alemana son de fines del siglo diecinueve, una generación después de que el país había entrado a su período de crecimiento acelerado. Para terminar esta enumeración, basta mencionar el nombre de la Unión Soviética y preguntarse si hay alguien que pueda mantener que los planes quinquenales se financiaron principalmente con aportes del extranjero.

Cada uno de estos países se las ingenió de uno u otro modo para movilizar la capacidad creadora de su gente. Capturada la imaginación de los seres humanos que las componían, se lanzaron hacia adelante a un ritmo vertiginoso que atrajo —una vez en marcha acelerada— inversiones extranjeras deseosas de obtener los beneficios marginales que produce una nación en desarrollo.

Es perfectamente lícito comparar el estado de ánimo de un pueblo que vive procesos de desarrollo acelerado con el de un hombre enamorado. Raro es el individuo que no ha escrito versos alguna vez en su vida, o que no ha sentido su imaginación alada y ha presenciado un mundo nuevo en las cosas usuales, porque las mira a través de una pasión avasalladora. La coincidencia sencilla que establece un nexo —aparentemente funcional— entre un gran amor y una gran creatividad no es tan pueril ni fácil de descartar en tres o cuatro frases cínicas. Con la sola excepción de Gran Bretaña, donde los factores que intervinieron en el desencadenamiento del poder creador de un pueblo parecen escapar a esta generalización, todas las otras naciones que se desarrollaron aceleradamente lo hicieron enamorando al conglomerado humano de una idea; capturando la imaginación de sus pueblos y orientando la capacidad creadora del hombre en direcciones eficientes. Puede que el ideario utilizado no haya sido precisamente humanitario o agradable, pero cuando fue planteado, reflejó anhelos y tendencias reales en esos pueblos y consiguió movilizar el enorme caudal de energía humana que hoy permanece adormecido en nuestra isla americana.

Pero lo fundamental de todo proceso de desarrollo acelerado es que no está restringido a lo económico y mercantil. Al contrario, parece que este aspecto —que por razones obvias nos preocupa, principalmente en nuestro continente, es casi marginal si se considera la vorágine creadora que se desata cuando una nación empieza realmente a caminar sola. Walt Whitman, Stephen Foster, Herman Melville, Mark Twain y todos sus contemporáneos, no son accidentes culturales, sino que están sólidamente entroncados en una nación fascinada con su nuevo poder; teras más lejanas y que se deleita nación que estira los brazos hacia sus fron arrancándole secretos a una naturaleza pródiga. Lo mejor de la gran tradición literaria, musical y académica alemana está fechado durante las décadas de crecimiento rápido, durante el siglo pasado. El romanticismo japonés y el auge de las artes nacionales —en contraste con la cultura importada desde China por la dinastía Tokugawa— coincide con las dos primeras generaciones de la era Meiji, cuando el país cubrió rápidamente la distancia que separaba al feudalismo asiático del industrialismo más avanzado de la época. La mejor literatura, la mejor plástica y la mejor música soviética es precisamente aquella de los años que siguieron a la revolución de octubre, cuando ese pueblo empezaba a recorrer el camino que en menos de dos generaciones llevaría al hombre soviético a tocar las estrellas con sus manos. Cada una de estas explosiones de creatividad; cada uno de estos procesos de enamoramiento de un pueblo con sus propios sueños y su propia capacidad para realizarlos, estuvo enraizado en lo más vitalmente nacional de cada uno de estos conglomerados humanos. Todos estos han sido fenómenos nacionales, pero en el más amplio sentido de la frase: un sentido que escapa totalmen-

te a los estrechos y absurdos planteamientos nacionalistas del siglo pasado. No se trata aquí de glorificar trapos de colores ni de ensalzar virtudes que se extinguen en las fronteras municipales, provinciales o estatales. Tampoco se trata de avivar los entusiasmos folklóricos de aquellos que creen que la mejor manera de interpretar y utilizar el caudal cultural de una nación consiste en mirar hacia atrás y reeditar con celo y erudición admirables —las manifestaciones criollas, por pobres y balbuceantes que éstas hayan sido. El fracaso del artista que cree sinceramente que pintando ponchos y huasos está interpretando la realidad nacional es genéricamente similar al fracaso de quien, con criterio infantilmente imitativo, busca elementos o factores para un futuro crecimiento económico acelerado en la sociedad araucana o en la organización administrativa de los pueblos quechuas y aymaraes.

Sin embargo, el camino único hacia un desarrollo acelerado, hacia un progreso verdadero, está dentro de nosotros mismos. Los recursos humanos, aquellos elementos que pueden llegar a integrarse y organizarse para llevar adelante el progreso acelerado, son criollos, hablan nuestra lengua y nos rodean por todas partes. No hay ninguna infusión de capitales y técnicos extranjeros que pueda reemplazar a este factor precioso y principal.

Si se descarta —como lo hacen y han hecho muchos— la capacidad del elemento humano para llevar adelante estas tareas y sobrellevar con éxito estas responsabilidades, entonces todo intento de resolver el problema con trucos extranjeros está destinado al fracaso.

Los mejores profetas son los artistas, los músicos y los poetas. No hay mejor tratado acerca de la grandeza del siglo isabelino inglés que la obra literaria de Shakespeare, ni mejor diagnosis de la Europa de la revolución gala que la que se obtiene a través de la música de Beethoven y la poesía de Wordsworth, Shelley, Goethe o Byron. Utilizando este sabio criterio, un examen de lo que se está creando en nuestra isla americana deja lugar para el optimismo más entusiasta. En medio de la marea amorfa, irresponsable, europeizante, neutra, parasitaria y antiséptica de los filósofos de la mendicidad y sus creaciones, se yerguen como altas torres la pintura de la revolución mejicana, la música y la arquitectura del Brasil, la poesía de Pablo Neruda, la inquietud innegable de toda una generación de jóvenes científicos, médicos, economistas y arquitectos que rehusan aceptar la tesis absurda de nuestra incapacidad para vivir.

El éxito manifiesto con que estos creadores han resuelto el problema de interpretar y dar el hálito vital a nuestro tronco cultural americano, sin caer en la pueril imitación de huacos o en la risible orquestación de cuecas para conjuntos de cámara, hace renacer una esperanza cierta en una eventual superación de la mendicidad prevalente. El triunfo del artista, del músico y del poeta debe ser ahora emulado en la conducción de los asuntos políticos y económicos, universitarios y científicos de nuestra insula.

La mano extendida en actitud de súplica debe hundirse en el corazón de la tierra americana, para sacar de lo más profundo de nuestra progenitora, las fuerzas necesarias y suficientes para vencer nuestra miseria, hacer vivir al niño, entregar alas al hombre y llenar el horizonte del mundo con nuestros colores, nuestra música, nuestra poesía y nuestras esperanzas realizadas.

## ESCULTURA ANTROPOMORFA PREHISPANICA EN EL NORTE DE CHILE

POR LAUTARO NÚÑEZ

En el patrimonio cultural arqueológico de las poblaciones que ocuparon las diferentes áreas ecológicas del Norte Grande de Chile, llamados tradicionalmente "atacameños", se registran notables esculturas humanas labradas en maderas autóctonas de pequeñas facturas. Son poco conocidas y considerando que en la actualidad son mayores los elementos de juicio es preciso confrontarlos con los primeros criterios que abordaron superficialmente el tema.

Cuantitativamente, la antropomorfización de los labrados indica una actividad mágico-religiosa orientada al culto del felino, impersonificado por un personaje o shaman premunido generalmente de una máscara felina, hacha y cabeza-trofeo. Las posturas son variables, abunda el hombre arrodillado, también se ubican

de pie, emparejados con o sin máscara, tocando flautas de Pan, con atado a la espalda; otros no llevan ningún implemento de culto. Esta característica del hombre como "sacerdote" se encuentra en las decoraciones de los mangos de tabletas de aspirar "rapé", sección central de los tubos aspiratorios, mangos de espátulas o cucharillas y cajitas de guardar colores. Artefactos que han sido descritos parcialmente por la literatura arqueológica y que en conjunto constituyen las muestras escultóricas, miniaturas más significativas del extremo sur del área andina. (1)

(1) Lautaro Núñez "Aspectos comparativos entre labrados en madera del departamento de Arica y provincia de Antofagasta" (Trabajo presentado al Encuentro Arqueológico Internacional de Arica, 1961).

Foto 3. Shamán en actitud cáltica impersonificando el poder felino, labrado en madera, exhumado por el autor en Pica (provincia de Tarapacá).

